

# Pandemia, entre la distopía y la utopía ecosocial

JORDI MIR GARCIA Y JOÃO FRANÇA

Las construcciones de las memorias a partir de la experiencia de la pandemia de la COVID-19 serán, lo están siendo ya, plurales y diversas. Y como suele ocurrir en estos procesos de construcción de memorias, algunas lo tendrán más fácil para hacerse presentes. En los meses del confinamiento ya lo pudimos ver. En los relatos que imperaron en televisiones o redes sociales, por ejemplo, ha estado muy presente un cierto bienestar, ausente de conflictos sociales, que ha centrado la atención en lo que hacemos para pasar el confinamiento. Sin salir de casa hemos hecho deporte, gimnasio, yoga... Hemos cocinado, hemos hecho manualidades, bricolaje, organizado los álbumes de fotografía, tocado música, hablado con amistades y familias de todo el mundo... Esta memoria no parece que vaya a tener dificultades para ser transmitida. Pero hay otras memorias que hemos querido buscar.<sup>1</sup> Memorias de personas y colectivos que no acostumbran a ocupar la centralidad de nuestra sociedad, por lo que tratan o quién las genera.

Por otro lado, ha habido quién se ha esforzado en hacer visibles muchas realidades hasta entonces inexcusablemente invisibilizadas. Hace años, por ejemplo, que disponer de un ordenador con acceso a internet es un hecho diferencial para el aprendizaje, pero, más allá de alguna información puntual, fue el confinamiento lo que puso esa brecha en el debate público. Y si bien los cambios que ha significado tener que trabajar desde casa han ocupado buena parte de la atención mediática, esa no es una posibilidad para buena parte de la población; en buena medida son las personas cuyos trabajos sostienen la vida, pero solo ante la excepcionalidad muchas personas han empezado a verlas. Lo que no sabemos es cuánto durará ese reconocimiento, porque ya da muestras de estarse apagando.

---

<sup>1</sup> Este artículo es fruto del trabajo desarrollado durante la pandemia por los dos autores, separadamente y en conjunto. Están desarrollando para el Ayuntamiento de Barcelona el proyecto «Memorias del confinamiento/Memorias de la pandemia».

Si pensamos en cómo queremos recordar lo que estamos viviendo, nos interesan esas memorias que han pensado cómo hemos llegado a la pandemia, cómo nos hemos enfrentado a ella y cómo debería ser el futuro. Pensamos que es especialmente relevante pensar esa unión de pasado, presente y futuro. Durante

**Nos interesan esas memorias que han pensado cómo hemos llegado a la pandemia, cómo nos hemos enfrentado a ella y cómo debería ser el futuro**

el confinamiento se han expresado proyectos del futuro que buscan poner en cuestión ese pasado que nos ha llevado hasta este presente o que son muestra de la voluntad de aprovechar esta situación para hacer cambios. Esta memoria no mira al pasado, mira al futuro con propuestas más o menos concretas que ayudan a pensar futuros alternativos al presente existente. Futuros que

quizás no serán, como otros pensados con anterioridad no lo han sido, pero que no podemos dejar fuera de la memoria. Memorias del futuro que nos ayudan a pensar, a imaginar, a hacernos preguntas, y crear el futuro que acabará siendo.

## La distopía de la normalidad

Cuando se acerca el verano de 2021 en España como en el conjunto de Europa se activan todas las medidas necesarias para recuperar la normalidad y recuperar la industria del turismo. La “nueva normalidad” ya no es suficiente; se quiere la plena normalidad. Para el turismo y para todo aquello que tenga que ver con la recuperación económica. Sin embargo, hay que volver a recordar algo dicho durante hace meses: la normalidad es lo que nos llevó a la pandemia.

El proceso de vacunación hace pensar en un retroceso sin retorno del nuevo coronavirus. Existe la preocupación en determinados ambientes especializados por el desarrollo de nuevas variantes como la Delta, que parecen ser más transmisibles y con más capacidad de superar la barrera que supone la primera dosis de las vacunas. Volver a la normalidad en 2021 ya no es visto como un camino de regreso directo al crecimiento de la enfermedad como si podía ocurrir en 2020. Pero eso no debería hacernos perder de vista, no debería alejarnos de la reflexión necesaria sobre los perversos efectos de la normalidad. La normalidad como distopía. La normalidad como el origen de la pandemia y de las que vendrán.

Resulta comprensible querer volver al mundo previo a la pandemia. Está siendo un tiempo de limitaciones, dolor, pérdidas... Resulta comprensible, necesitamos

ingresos para poder vivir, distracciones, y eso se asocia a actividades relacionadas con volver a la normalidad del trabajo, de los diferentes consumos y ocios. Pero no deberíamos olvidar que la normalidad nos llevó al virus. Parece que hemos asumido un relato que pone el nuevo coronavirus como causa importante de nuestros males actuales. Se ha hablado incluso de la guerra contra el virus y esta metáfora ha tenido muchas implicaciones. No se puede viajar como nos gustaría por culpa del nuevo coronavirus; nuestros trabajos, empresas y negocios están en crisis por su culpa... Pensamos que si desaparece el virus, podemos volver a la normalidad. Pero no podemos ver al nuevo virus solo como causa. Es causa y es consecuencia.

Habría que dedicar más atención a pensar que el virus es más consecuencia que causa del malestar humano. El virus es consecuencia de nuestra depredación del medio, de la deforestación, de nuestra relación con los seres vivos con los que convivimos en este planeta. Por ejemplo, los orígenes de esta crisis los encontramos en comportamientos que habría que replantear. El ecoepidemiólogo Jordi Serra, especialista en coronavirus, o Fernando Valladares, desde el CSIC, nos han señalado la relación que estos virus tienen con el cambio climático, con la deforestación que nos sitúa mucho más cerca de las infecciones que tienen origen animal.

El virus es consecuencia de nuestra desatención a la epidemiología, la eliminación o reducción de los servicios encargados de estudiar los virus, de prepararse para las pandemias. Lo mismo podemos decir de recortados e infrafinanciados sistemas de salud de nuestros países; con un sistema público más fuerte de cuidado de las personas mayores, de atención primaria o de hospitales, las consecuencias del virus podrían haber sido distintas.

El virus no es un castigo divino, tampoco es un hecho natural imprevisible. Es inconcebible que pasemos por esta trágica vivencia causante de tanta muerte y dolor sin poder aprender de ella.

La llegada de la pandemia y el confinamiento ayudó a pensar en lo esencial, incluso a legislar sobre ello. Lo esencial era la vida, todo aquello que podía hacer posible la vida desde los cuidados. El fin de los confinamientos, el posible fin de la pandemia, está mostrando otra cara de lo esencial. Lo esencial ahora es el capital. El capital es lo esencial en la normalidad y ahí empieza la distopía. Hay

que analizar y pensar con determinación y detalle la relación entre vida y capital. Nuestro sistema económico, político, social, quiere que el capital haga posible la vida. Pero la vida es lo esencial. El capital está acabando con las vidas del planeta, lo sabemos desde hace décadas, y ahora la pregunta debería ser qué hacer para que sean posibles las vidas que necesitamos vivir.

**Hemos asumido un relato del coronavirus como causa importante de nuestros males actuales, pero no deberíamos olvidar que la normalidad nos llevó al virus**

En diferentes fases de la pandemia se ha hablado mucho de la elección entre salud y economía. En muchos casos se ha intervenido públicamente en defensa de la economía y cuestionando la elección por la salud. Parece ser que olvidamos que nuestra sociedad durante demasiado tiempo ha optado por la economía y lo continúa haciendo. Nuestro sistema políticoeconómico que precariza la vida es

una buena muestra de ello. Ahora tenemos la oportunidad de no volver a la normalidad.

## Lo esencial

Las crisis son escenarios donde ver las prioridades de las personas y de las sociedades. No todas las crisis tienen las mismas características. Podemos pensar en las que nos afectan personalmente, con la pareja, con los amigos, en la familia, como sociedad o, incluso, como especie o planeta. Pero en todas ellas suele ser necesario pensar y repensar las prioridades, los valores, los principios, nuestras maneras de hacer.

El nuevo coronavirus nos ha situado en una nueva crisis mientras no dejamos de vivir otras. La pandemia actúa como factor que genera nuevas crisis y agudiza otras ya existentes. Desde hace décadas padecemos una crisis ecológica originada por nuestras maneras de producir, consumir, desplazarnos... Vemos como nos está costando asumirla y transitar a comportamientos colectivos que permitan recuperar la sostenibilidad de la vida. Como sociedad, como especie, no acabamos de ver los efectos terribles que tiene la crisis ecológica: muertes por contaminación, personas que tienen que buscar refugio por el cambio climático, calentamiento global...

Los efectos que origina la crisis de la COVID-19 parece que han resultado más evidentes. La enfermedad del nuevo coronavirus ha hecho aparecer el miedo a la muerte, la propia y la de la gente cercana, la evidencia de que el sistema sanitario puede quedar colapsado, que la economía se hunde... Esto ha significado respuestas que, si las comparamos con la crisis ecológica, han sido más rápidas y contundentes. Esto, sin embargo, no debe excluir el debate sobre el tiempo de reacción y las medidas que se están tomando.

Nuestra sociedad ha hecho un proceso para detenerse. Una parte importante de las actividades industriales, comerciales, educativas, deportivas, culturales... han quedado suspendidas, aplazadas o reducidas. Una parte importante de la población ha quedado confinada en casa, teletrabajando o no, para hacer posible el distanciamiento social y evitar la transmisión del virus. Pero mientras una parte de la sociedad se para, otra continúa activa o, incluso, ha sido necesario que multiplicara su actividad para tratar de responder a las necesidades del conjunto de la sociedad.

Nuestros gobiernos han distinguido las actividades que ofrecen servicios esenciales de las que se consideran no esenciales. Las actividades relacionadas con los cuidados han sido consideradas como esenciales, como los servicios de limpieza, el transporte, la información... En todos estos ámbitos laborales hay una parte muy grande de las personas trabajadoras en situaciones de precariedad: inestabilidad contractual, horarios muy exigentes, sueldos muy bajos, inseguridades diversas, irregularidades...

Nos encontramos ante la paradoja de que aquellas actividades que consideramos esenciales para la vida humana están siendo desarrolladas por personas en una precarización que va contra la vida. ¿Cómo explicar esta contradicción? Nuestra manera de pensar la economía y la sociedad ha puesto en el centro de sus preocupaciones la maximización de los beneficios, lo que ha pasado por encima de otras preocupaciones. Nuestra sociedad no ha valorado suficientemente lo que ahora considera esencial. Los principios, los valores, que guían nuestro sistema económico, nuestra vida en sociedad, no han puesto en el centro de sus preocupaciones e intereses lo que estos días se ha establecido como esencial. Las contradicciones hoy son muy evidentes. Para muchas personas la pandemia ha representado un clic para ver que nuestra manera de vivir en este mundo no es sostenible ni justa, por razones muy diversas.

La crisis del nuevo coronavirus ha generado una mayor atención y valoración de realidades a las que no se hacía caso o que incluso se despreciaba. Estos días personal de enfermería explica cómo hasta ahora las trataban de “limpiaculos”; personal de limpieza, con dolor, comenta como eran despreciadas y ahora son imprescindibles... Siempre son imprescindibles las personas que realizan estas tareas. ¿Cómo vivir sin todas las actividades dedicadas al cuidado? Sin embargo, superado el confinamiento y la etapa más dura de la pandemia, no tenemos claro qué es lo que queda de ese aprendizaje. Por ejemplo, cuando empieza el proceso de vacunación, no son todos esos sectores considerados esenciales en un primer momento los que tienen prioridad. ¿O acaso el trabajo de cajeras de supermercado o las profesionales de la limpieza deja de ser imprescindible de un día para otro?

Más allá de los trabajos vinculados a los cuidados y a la reproducción de la vida, también se ha hecho evidente la necesidad de los afectos, de los espacios compartidos, de las redes humanas. Llevar al extremo el individualismo que impera en nuestra sociedad, aislarnos en nuestros hogares, ha hecho también visible el impacto de esta forma de vivir sobre nuestra salud mental. Con el confinamiento, el trabajo invadió los hogares en algunos casos, y en otros era prácticamente lo único que permitía salir de ellos. Esta crisis ha sido también una oportunidad para cuestionarnos a qué queremos dedicar nuestro tiempo, pero, salvo contadas excepciones, no es algo que dependa de la voluntad individual, sino de cómo queremos, como sociedad, que sea nuestro modelo productivo y qué espacio le damos a la vida.

Ahora la conciencia de que los seres humanos somos frágiles, vulnerables, y dependientes ha aumentado. Esta mayor conciencia debería llevarnos a plantear la necesidad de cambios estructurales en nuestra sociedad poniendo en el centro de nuestras preocupaciones la vida, las vidas. No solo la nuestra, todas las vidas.

Es necesaria una revisión de los fundamentos de nuestras sociedades, una reflexión y un debate fundamental. El nuevo coronavirus nos debería hacer pensar en cómo una civilización basada en la maximización de beneficios, en un crecimiento económico que pasa por delante de necesidades vitales humanas (incluido su sistema sanitario) y del planeta, nos ha llevado hasta aquí. Si usáramos el lenguaje bélico del que se abusó durante las primeras fases de la pandemia, los objetivos que han guiado nuestra sociedad son nuestra derrota. Lo

sabemos hace tiempo, y hay quien no ha dejado nunca de denunciarlo y construir alternativas. Algunas de estas propuestas han ganado centralidad y presencia en nuestras sociedades. La crisis de la COVID-19 llega para dar la razón a la necesidad de poner la vida en el centro que se defiende, por ejemplo, desde propuestas feministas y ecologistas. La pandemia debería permitir profundizar en los debates sobre lo esencial y cómo actuar a partir de ese fundamento.

## No hay salidas individuales: la utopía de la conciencia de especie y la acción colectiva

A lo largo de toda la pandemia hemos asistido a movilizaciones y reivindicaciones en nombre de la libertad en diferentes países. Pueden pedir libertad en contra de las restricciones que se han impuesto. Pueden pedir libertad porque consideran que viven en un tipo de gobierno contrario a las libertades. Hay una concepción diferente de la libertad poco reivindicada, pero especialmente presente en esta crisis. El nuevo coronavirus nos ha mostrado una vez más que la libertad individual no puede ir separada de la libertad colectiva.

La nueva enfermedad nos sitúa en una crisis que no permite salidas individuales. Nos hemos confinado para evitar que el sistema de salud se quedara sin ofrecer respuestas a la cantidad de personas que podían enfermar, no tanto para no contraer la enfermedad. Llevamos mascarilla para las otras personas más que por nosotros; podemos transmitir la enfermedad sin tener síntomas que nos hayan alertado. Hemos dejado de ir a escuelas, universidades, lugares de trabajo... En definitiva, nos hemos dado cuenta de que necesitamos comportamientos colectivos si queremos hacer frente a este gran reto.

**El nuevo coronavirus nos ha mostrado una vez más que la libertad individual no puede ir separada de la libertad colectiva**

Como sociedad hemos aceptado decisiones que afectan directamente cuestiones esenciales de nuestras vidas y nuestra capacidad de actuación y decisión. Podemos decir que hemos asumido restringir nuestra libertad individual por un bien superior, la libertad colectiva que también es nuestra.

En medio centenar de entrevistas que hemos realizado para el Archivo Histórico de Barcelona, los relatos de vecinos y vecinas de la ciudad con realidades muy

diversas son duros. Encontramos duelo, angustia, soledad, sobreesfuerzo... Pero hay otra cuestión central, un elemento transversal que aparece expresado de maneras diversas: la necesidad de poner en valor la comunidad, la solidaridad y las alternativas a un sistema que se ha comprobado que es insostenible. Lo ven tanto las personas que llevan años cultivando posturas “antisistema” como las que no. En distintos niveles, la pandemia ha evidenciado contradicciones.

Más allá de los discursos o eslóganes bienintencionados, del “todo irá bien”, aparece una reflexión profunda, arraigada en las experiencias vividas y consciente de que las cosas no irán bien por si solas. En algunas ocasiones, las más optimistas, nos dicen algo que sonaría como “juntas lo podemos todo”, pero en la mayoría el mensaje es más bien “solo podremos salir de esta (y de las que vengan) juntas”. El matiz es el que nos recuerda que, más allá de militar en el optimismo, debemos ser muy conscientes de las desigualdades y dificultades, y que el modelo de sociedad que ponemos en cuestión está fuertemente arraigado.

La nuestra es una sociedad dominada por el individualismo, vivimos su triunfo desde hace décadas. Estamos rodeados de incentivos para pensar la libertad desde la perspectiva individual. No paramos de recibir publicidad del coche, el viaje, el perfume, o la comida que nos hará sentir la libertad. Hay quien nos repite insistentemente que debemos invertir en nosotros. Tienes que comprarte una casa; tienes que estudiar un grado, un máster, o dos... ¿Qué inversión en tí mismo será más importante? Debes tener sanidad privada, pensión privada, seguridad privada, transporte privado... Endeudándote si es necesario, no lo pienses mucho. ¿Qué hay más importante que tú y tu libertad?

Esta crisis debería ayudarnos a pensar que somos una especie en peligro. Madonna dijo que esta enfermedad nos igualaba, y en parte tiene razón. Hay personas que suelen sentirse y vivir por encima del resto; por su estatus, por sus recursos. Ahora su estatus no les garantiza que la enfermedad no les afecte. Pero la enfermedad no nos iguala. La enfermedad afecta de manera bastante diferente, por ejemplo, dependiendo de las condiciones materiales de vida de las personas, de los barrios o países en los que viven.

Esta crisis ha generado una cierta ilusión de igualdad ante la enfermedad con fundamento. Esta ilusión de igualdad ante el peligro nos ha llevado a pensar de



manera muy diferente cómo podemos evitarlo. Quizás esta ilusión ha ayudado a pensar y repensar la libertad: ¿Qué sentido tiene reivindicar mi derecho a poder salir de casa cuando quiera, ir al gimnasio que está cerrado, a abrir mi negocio, cuando necesitamos un determinado comportamiento colectivo para controlar la enfermedad? ¿Es más libre una sociedad en la que puedes comprar todos los billetes de avión de bajo coste que quieras o aquella en la que las compañías aéreas deben asumir los costes que tiene el bajo coste en condiciones laborales o impacto ecológico? ¿Qué sociedad es más libre, aquella en la que se propone una reducción de impuestos o aquella que nos ofrece sanidad, vivienda o educación, públicas o una renta básica?

Hay muchas maneras de entender la libertad. Podríamos decir que nadie habla nunca en contra de la libertad, defiende su propia concepción de la libertad y cuestiona otras. La libertad fundamentada en la individualidad de cada persona está muy extendida. Esta libertad es muy importante, pero si nos quedamos solo aquí, quizás muchas necesidades no podrán ser satisfechas. ¿Qué significa ser libres? El liberalismo defiende la libertad, también el socialismo, el nacionalismo, el feminismo, el ecologismo, o incluso el fascismo. En todas las corrientes de pensamiento es fácil encontrar una concepción de la libertad. Pero no suele ser compartida.

Este tiempo de pandemia no es mal momento para pensar y repensar las necesidades humanas.<sup>2</sup> La necesidad de una libertad que vaya más allá de la individualidad, de la familia, de los nuestros, de nuestro país, de nuestro género, de nuestra clase social... Necesitamos pensar y aplicar una libertad con dimensión colectiva, con conciencia de ser una especie vulnerable, interdependiente y ecodpendiente. La crisis del nuevo coronavirus, la crisis ecológica, y otras crisis que padecemos, tienen en común un elemento esencial: padecemos crisis que nos afectan como especie, no solo como individualidades. No hay salidas individuales.

Una pandemia como esta afecta a todos, aunque no lo haga de la misma manera. Tenemos muchas evidencias de ello. Un libro publicado tras el inicio de la pandemia nos lo explica bien: *Epidemiocracia* de Javier Padilla y Pedro Gullón.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Como hacia Simone Weil en Londres, ocupada Francia, durante la II Guerra Mundial. Siempre es buen momento para volver sobre sus escritos de Londres.

<sup>3</sup> Javier Padilla y Pedro Gullón, *Epidemiocracia*, Capitán Swing, Madrid, 2020.

Nos dicen: «Nadie está a salvo si no estamos todos a salvo». Este es un principio de universalidad que no debería necesitar vivir una pandemia para ser defendido. Pero el egoísmo se impone en demasiadas ocasiones.

Nadie está a salvo si todo el mundo no está fuera de peligro. Las salidas individuales son una ilusión, no son reales. Las salidas individuales, de grupo pequeño, de comunidad enfrentada a otras comunidades, no son salidas. No lo son a largo plazo. Nos podemos salvar temporalmente. Pueden salvar una generación, dos generaciones... pero nos condenan como especie.

En la memoria también nos jugamos el futuro. ¿Cuál será el relato que dejaremos de la pandemia de la COVID-19 para las próximas generaciones? ¿Y para las actuales? A veces perdemos rápido la memoria, y el futuro nos lo jugamos en recordar quiénes fueron (y son) las esenciales o qué es lo que nos dimos cuenta de que no tenía sentido. ¿Qué futuros nos imaginamos o deseamos ahora o durante el confinamiento? Recordarlos nos puede marcar un camino a seguir.

Tal vez parezca que no sabemos dejar de ser el escorpión de la fábula que siempre termina matando la rana que lo ha ayudado a atravesar el río y muere

**El futuro nos lo jugamos en recordar quiénes fueron (y son) las esenciales o qué es lo que nos dimos cuenta de que no tenía sentido**

ahogado. Vivimos a costa de otros como si no nos afectara. Vivimos a costa del planeta, de sus recursos finitos sin pensar que no hay planeta B para quien vendrá después y sin ver que ya sufrimos las consecuencias. Vivimos a costa de quien no tiene los mismos derechos que nosotros. Vivimos a costa de quien oprimimos y precarizamos, con conciencia o sin ella, en nuestro trabajo o en otro país lejano.

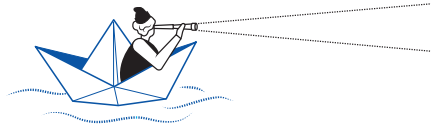
Quizás nos hemos acostumbrado a ser escorpiones que vivimos gracias a ranas que quizás no sabemos que mueren. O quizás sí lo sabemos y nos da igual. Vamos muy tarde, hemos generado mucha muerte y dolor, ¿aprenderemos esta lección? ¿La pandemia nos ayudará a verlo? ¿Ni la pandemia lo conseguirá? Hay quien lo ve y nos ayuda a verlo. Hemos encontrado muchos testimonios de ello.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Podemos pensar en las redes de apoyo, en este mismo número se puede leer el diálogo con asociaciones barriales. También nos gustaría destacar el proyecto Recuperem la ciutat <https://www.recuperemlaciutat.com/>, o el trabajo que ha desarrollado la Plataforma de Afectadas por la Hipoteca o los Sindicatos de Inquilinas adaptándose rápidamente a una nueva realidad.

Sabemos, como dice Rebecca Solnit, que en este infierno también hay paraísos, extraordinarias personas y colectivos que surgen en el desastre. Personas y colectividades que nos acercan a la “comunidad amada”.<sup>5</sup> Utopías reales en construcción.

**Jordi Mir Garcia** y **João França** son miembros del Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales de la Universitat Pompeu Fabra.



---

<sup>5</sup> Rebecca Solnit, *Un paraíso en el infierno. Las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*, Capitan Swing, Madrid, 2020.